

Cuernavaca, Morelos.
28 de mayo de 2013.

Discurso del Señor Rector Jesús Alejandro Vera Jiménez en la ceremonia del Doctorado Honoris Causa a Fray Gabriel Chávez de la Mora

Honorable Consejo Universitario, muy buenos días.

Muy apreciado Fray Gabriel Chávez de la Mora, es un gusto y un honor el recibirlo, hoy, en la Universidad Autónoma de Morelos, bienvenido.

Distinguidos invitados, sean ustedes también bienvenidos.

Apreciados representantes de los medios de comunicación, muchas gracias por su interés y por su presencia.

Colegas Universitarios.

Señoras y señores.

Dirigirme a ustedes en esta ocasión, con el propósito de hacer público nuestro reconocimiento a Fray Gabriel Chávez de la Mora, por la obra material y espiritual que nos ha legado a lo largo de su vida, es motivo de orgullo y satisfacción personal inocultables; no obstante ello, no puedo ni debo dejar de reconocer y destacar el hecho de que no es sólo para mí dicho honor y privilegio, debo advertir que, a través de mi persona e investidura, las ennoblecidas y privilegiadas, sin dudarlo un solo instante, son nuestra Máxima Casa de Estudios, su Consejo Universitario y nuestra comunidad. Lo son, en virtud de que jamás la tan minúscula distinción que le otorgamos, tendrá la superlativa proporción de su vasta y profunda obra; ya decía, no únicamente material, sino sobremanera espiritual y cultural.

Haciendo votos de humildad, reconozco que es también una gran responsabilidad y por ello asume uno riesgos al hacerlo; empero, más aún, es un verdadero atrevimiento y una osadía. Lo es, en virtud de que en pocas palabras, en un breve

espacio de tiempo, con una gran precisión y con exigida claridad, debo resaltar lo que vale una obra incommensurable.

Bien es preciso reconocer que los seres humanos no somos, como pensaba Desmond Morris en su viejo libro *El Mono Desnudo*, seres que nacemos sin algo que no sean los barrotes de una herencia transcripta y encerrada, ésta a su vez, en el mundo genómico, que sólo esperamos el paso del tiempo y sólo de él, para que a través de la maduración se permita la eyección de los frutos y estos se expresen en nuestros actos y personalidad. Tampoco somos, como suponía Aristóteles, una *Tabula Rasa* que se llena por la experiencia estimular y por el aprendizaje; somos, en todo caso, seres revestidos de cultura, de tradiciones, de valores, aspiraciones, sentimientos, emociones, intenciones y, desde luego, pensamientos.

Estos últimos conceptos encierran, en gran medida, el valor de la herencia que podemos reconocer en la obra de Fray Gabriel Chávez de la Mora, no sólo el sacerdote, no únicamente el arquitecto y artista, sino también y por encima de ello, el humanista.

Hubo, tiempo ido ya y que sin embargo, suele reverberar como fantasma que nos visita algunas ocasiones, una creencia que por evidente en sentido aristotélico a los ojos del observador parecía irrefutable; se llegó a creer, siguiendo a Ludwig Feuerbach, que la materia era un ente estrictamente físico y no, además, ontológico; siguiendo tan peregrina lógica, se supuso que por no ser materiales en sentido físico –pues carecían de extensión y de sujeción a las propiedades generales de la materia y por ello mismo, no podrían ser representados matemáticamente– la cultura, las tradiciones, los valores, aspiraciones, sentimientos, emociones, intenciones, memoria y, desde luego, pensamientos, eran inexistentes o, en el mejor de los casos, concedía Skinner, eran irrelevantes para la ciencia.

Se supuso entonces que, al decir de La Mettrié o René Descartes, éramos máquinas sumamente complejas sujetas a las leyes de la mecánica y que, por otro lado, viniendo desde algún lugar incognoscible se adicionaba, también

mecánicamente, un “espíritu” que se hallaba muy lejos y distante de la cultura, los valores, los sentimientos y la existencia social.

Pues bien, nuevamente reitero, la herencia que humanamente hablando podemos reconocer en la obra de Fray Gabriel Chávez de la Mora –quien nunca fue seducida por el canto de las sirenas de un materialismo vulgar y mecanicista–, enriquece nuestra humanidad, como totalidad sistémica y compleja, no únicamente en sentido material, sino fundamentalmente espiritual, psicológico y sociocultural; que no pierden su materialidad ontológica por no poseer materialidad física.

Si bien es cierto, y universalmente admitido, que la literatura ha sido el vehículo más importante de acceso a la cultura y a la civilización, desde las grandes tradiciones culturales –la egipcia, la china, árabe, griega, latina, prehispánica, etcétera– hasta nuestra era denominada imprecisamente por algunos como “Posmoderna”, se debe a que hemos podido degustar y saborear la fuerza y la magia del acto de habla y, naturalmente, del acto narrativo a través de la escritura. Hace ya una centuria de ello, otro Sacerdote, Jesuita éste, desde el año de 1912, trabajando en el Museo Nacional de Historia Natural de Francia, en París, se dio a la tarea de escuchar las palabras que pronunciadas fueron por los restos óseos y por las piedras, en los trabajos arqueológicos y paleontológicos; este era Pierre Teilhard de Chardin.

Pues bien, como él, Fray Gabriel Chávez de la Mora, a través de su obra, hace hablar a las piedras y a otros diversos objetos materiales, imprimiendo en éstos, sus valores, aspiraciones, sentimientos, emociones, intenciones y, desde luego, pensamientos; con su obra nos increpa y nos invita a contemplar, reflexionar, interpretar, percibir, emocionarnos, sentirnos como sujetos activos de la actividad en espacios y lugares llenos de contenido espiritual y humano que trascienden a la materia hueca, nos invita a ser y a permanecer.

Ahora que lo efímero y lo recicitable nos invaden cual peste, ahora que a cada instante la obra queda en el ayer, ahora mismo que el vacío se nos promete como destino manifiesto; en fin, ahora que somos buscadores del sentido, pues se confunde al ser con el tener, parece que la invitación a ser y permanecer, como su

obra es y permanece, no sólo en el espacio físico sino en nuestro espacio mental, parece que esa invitación merece ser aceptada y agradecida.

Como Demiurgo, a la materia, gracias a su soplo, le imprime su propio espíritu. Como el *Poeta Prometeico*, León Felipe, del barro, “*gracias a la fuerza poética de su imaginación*” crea la poesía, y no con la palabra como objeto de trabajo, sino con las piedras y con sus actos, con las formas y sus funciones.

Recordando aquí a nuestro Amado Nervo, en su poema *En Paz*, nos decía en un acto reflexivo: “*Porque veo al final de mi rudo camino/ que yo fui el arquitecto de mi propio destino; / que si extraje las mieles o la hiel de las cosas, / fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas: / cuando planté rosales, coseché siempre rosas*”.

Mutatis mutandis, la obra artística, la obra estética y la obra arquitectónica de Fray Gabriel Chávez de la Mora, dejan en nosotros las voces interiores que nos muestran un sentimiento, una pasión, una fe y un modo de concebir no sólo la herencia cristiana, no únicamente espacios de recogimiento, espiritualidad, oración, comunicación consigo mismo, sino también un conjunto de saberes, sentimientos y valores estéticos compartidos con nosotros mismos.

Ahora bien, qué sucede cuando contemplamos la obra de Don Gabriel Chávez de la Mora, ¿qué provoca en nosotros cuando estamos sentados en cualquiera de las iglesias que su espíritu y acción crearon? La respuesta nos acerca a un salto desde la desolación a la esperanza, desde los límites a la inmensidad, desde la ausencia a la identidad, desde el instante a la eternidad, desde lo inimaginable a lo imaginable.

Reconocer la intimidad y alejarnos de la extimidad es resultado de haberse encontrado uno mismo en esos espacios que la imaginación de Fray Gabriel Chávez de la Mora nos ha entregado.

Éste, no nos deja obra fría y yerta, no nos regala espacios condenados a la existencia efímera y a la pura contemplación; se entrega a sí mismo, se da, se transmuta en su obra y flota con ella como espíritu vivificante de tal materia.

Nos demuestra, Fray Gabriel, que entre materia y espíritu no existe contradicción alguna ni dualidad cartesiana, que materia y espíritu no son dos sustancias –una

etérea y la otra tangible— que gracias a la acción unificadora del creador y el sujeto percipiente, cuando a través de la obra estética contempla lo creado por el artista, por el arquitecto en este caso, da unidad secundaria y artificial a una dualidad originaria.

Tan solo por estos actos de amor, por estos actos lúdicos, estéticos y espirituales es que la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, en este año en el que se encuentra conmemorando su 60 aniversario, reconoce al Ser Humano, a Fray Gabriel Chávez de la Mora.

Por una Humanidad Culta, una Universidad socialmente responsable.

Muchas gracias.